

## Dr. Luis Baccino (1936-2015)

A Luis lo conocí en 1982, a mi ingreso en el Instituto Nacional de Cirugía Cardíaca como ayudante honorario en el equipo quirúrgico. Solía llamarme “mariscal”, como otros miembros del equipo, en referencia a mi apellido.

No es fácil escribir unas líneas de despedida de una figura de presencia tan intensa como fue la del Dr. Luis Baccino. En primer lugar, porque su historia profesional se inició en un tiempo en que muchos de los que lo sobrevivimos no conocimos por experiencia directa, sino a través de relatos de sus contemporáneos, pocos hoy lamentablemente. Pero también porque luego de más de 25 años de convivir con sus actitudes, gestos y expresiones estentóreas, resulta difícil aceptar que su inefable e irreplicable personalidad ya no ha de llenar más los espacios a compartir en el ámbito de trabajo.

Luego de obtener su título de Doctor en Medicina, Baccino decide realizar su especialización como cardiólogo en Brasil, en la Beneficencia Portuguesa de San Pablo, donde permaneció por un período de tres años en el Servicio del Profesor Radi Macruz, muy vinculado a proyectos en común con el Servicio de Cirugía Cardíaca del Profesor Euryclides Zerbini.

En esa prolongada estadía, el Dr. Baccino obtuvo una intensa y productiva formación en el manejo del perioperatorio de cirugía cardíaca y en cardiología intensiva, obteniendo amplio reconocimiento entre pares y maestros, quienes ensalzaban su dedicación y capacidad en una época en la cual se estaban gestando las primeras unidades de cuidados intensivos en Uruguay. A poco de su regreso a Montevideo, principios de 1971, se incorpora al renovado proyecto de cirugía cardíaca del Hospital de Clínicas, dependiente del Servicio de Cardiología dirigido por el Prof. Jorge Dighiero, y al Instituto Nacional de Cirugía Cardíaca, donde revista como jefe de cardiólogos hasta su retiro. Fue médico intensivista titular de la unidad de cuidados intensivos de IMPASA, y a su tiempo coordinador de la unidad cardiológica de la misma institución y de la unidad coronaria de la Asociación Española.

Baccino no fue, por cierto, un representante de la ortodoxia académica tal como la conocemos en nuestra carrera universitaria. Fue, sin embargo, y para muchos, un Maestro, que sin contar con una producción literaria significativa y prescindiendo de sesudas disquisiciones fisiopatológicas, supo transmitir sus sólidos conocimientos a quien lo quisiera escuchar junto a la cama del paciente, trasuntando una seguridad en sus consideraciones diagnósticas y terapéuticas que muchos quisiéramos tener en esta disciplina de certezas con frecuencia esquivas.

Son clásicas sus expresiones en referencia a diversas situaciones clínicas, que proporcionan una imagen gráfica tan pintoresca como de indudable valor docente. Así, ante un paciente con mala función ventricular, podíamos escucharle decir que había que “ponerle la cancha en bajada” utilizando vasodilatadores, o que un bajo gasto severo merecía el uso del “balón de contrapulsación de pobre”, en referencia a la perfusión de drogas inotrópicas asociadas con nitroglicerina. Con respecto al cuidado posoperatorio en cirugía cardíaca, insistía en que los pacientes valvulares debían estar “secos” y los coronarios “rellenitos”. A su vez, si consideraba que cierto paciente tenía una evolución desfavorable a causa de una inoportuna polifarmacia, afirmaba que lo había perjudicado el “pastillaje” (y así lo hacía constar en la historia clínica, subrayando el término y retirando de inmediato casi toda la medicación).

Su precisión en el arte de la auscultación hacía que muchas veces en la evaluación inicial de un paciente que ofrecía dudas de interpretación, o incluso para definir un plan terapéutico quirúrgico, se le solicitara su opinión, lo que llevó a que para dicho acto fuera acuñado el apropiado nombre de “baccinograma”.



Otra característica notable era su casi obsesiva prolijidad en la confección y el ordenamiento de la historia clínica, y era habitual observarlo en el cuarto médico recortando y pegando trazados electrocardiográficos al escribir (en manuscrito) el resumen de alta de la UCI para el traslado del paciente a piso, en una actitud que quienes lo recibíamos en esa área supimos agradecer.

En una época donde la medicina basada en la evidencia es reina, la evocación del Dr. Baccino nos lleva al convencimiento de que también queda un importante lugar para la experiencia cuando esta se obtiene a través de un trabajo dedicado, basado en una observación atenta y reiterada del paciente y una interpretación inteligente de los datos obtenidos.

Hombre de carácter expansivo y sanguíneo, capaz de frases encendidas y lapidarias como corresponde a su ascendencia italiana, era a la vez poseedor de un profundo espíritu religioso, que lo hacía un concurrente infaltable a la misa dominical. También destacó su afición al mundo de la hípica, resultando, por lo tanto, un conocedor de ciertos entretelones de dicho deporte que disfrutaba contar a sus colegas en los intervalos de relativo descanso en la guardia.

A Baccino lo animaba una vocacional empatía por el desamparado y el sufriente que lo llevaba a “pelear” por sus pacientes con el máximo esfuerzo y empleando todos los recursos disponibles. No muchos saben que durante largos años, hasta casi el final de su actividad profesional, a diario concurría a la cercana Misión Católica Italiana antes de ingresar a la guardia en IMPASA para prestar asistencia gratuita a los adultos mayores beneficiarios de aquella institución.

Quiso el destino que lo alejara definitivamente de nosotros un enemigo que él conocía a la perfección y sobre el que enseñaba a sus colegas más jóvenes, y del cual seguramente tomó nota silenciosamente en sus desplazamientos a pie por la Unión, su querido barrio. ¿Negación? ¿Decisión personal? Nunca lo sabremos. Pero quienes lo conocimos en su diario accionar seguiremos oyendo el eco de sus ilustrativas frases cada vez que una situación clínica difícil nos evoque, a modo de guía, la imagen de un Maestro que hizo escuela a fuerza de trabajo, tesón y acertado juicio clínico.

¡Que en paz descanses, Luis!

Dr. Jorge Estigarribia  
Cardiólogo de perioperatorio del Instituto Nacional de Cirugía Cardíaca